

## RESSENYES

RATHMANN, Michael (ed.)

*Studien zur antiken Geschichtsschreibung*

Bonn: Habelt GMBH, 2009, x + 309 p. Antiquitas Band; 55

ISBN 978-3-7749-3498-6

No menos útil que la escritura de la historia para conocer lo que sucedió realmente es analizar las maneras de escribir esa misma historia para saber qué motivaciones, intenciones, filias o fobias latieron bajo la prosa de un historiador, un arte del que ya la misma antigüedad nos brindó excelentes ejercicios, por citar dos ejemplos ilustres, como la *Maledicencia de Heródoto*, de Plutarco, o el *Cómo se debe escribir la historia*, de Luciano de Samosata.

A esa labor tan interesante se dedicó, en diciembre de 2006, un coloquio en el Institut für Geschichtswissenschaft, Abteilung Alte Geschichte de la Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität de Bonn y con el no menos importante motivo de festejar el octogésimo aniversario de una celebridad de la historia antigua como la del profesor Gerhard Wirth. En el evento participaron fundamentalmente profesores y docentes del propio seminario de Bonn, catedráticos eméritos como Klaus Rosen, catedráticos en activo como Winfried Schmitz o Konrad Vössing, miembros con una larga historia en el seminario como Wolfgang Will o jóvenes investigadores como Jan Timmer o Stefan Schrupf, pero se sumaron también a la efeméride otros investigadores de ámbito germano, de Bremen, Berlín, Aachen,

y ruso, en concreto, de la Universidad de Irkutsk. Un conjunto de trabajos sobre las maneras de escribir historia en el mundo antiguo editados por otro conocedor experimentado de la historiografía antigua, el profesor Michael Rathmann, cuyo trabajo sobre Diodoro de Sicilia esperamos que muy pronto sea letra impresa. El conjunto está dominado abrumadoramente por las letras y la historia griegas, con un especial interés para los estudiosos de las relaciones grecopersas, con trabajos dedicados a las maneras de escribir la historia de Heródoto, Tucídides, Jenofonte o Polibio, pero también con algún excursus sobre historia romana del cálamo de Apiano, con un trabajo sobre los elogios y las críticas dedicadas a Lucio Vero o sobre el ya tardío *Carmen Paschale*.

Los trabajos del volumen se ordenan cronológicamente y no podría ser de otra manera que Klaus Rosen inaugurara el volumen con un trabajo dedicado al *pater historiae*, Heródoto, sobre el que ya desde la antigüedad se vino encima la acusación de más de una manipulación sobre lo que sucedió realmente, su filobarbarismo, su complicidad con los Alcmeónidas, pero sobre el que resulta indiscutible la mayoría de las veces su enorme valor, su honestidad y su

conocimiento sobre los hechos narrados y el atractivo especial de su buen hacer narrativo a la hora de contar historias e historietas. Pero la reflexión de Klaus Rosen gira alrededor del capítulo que cierra las *Historias* de Heródoto, con reminiscencias del discurso de Darío de los *Persas* de Esquilo, sobre lo cara que pagó Jerjes su desmesura, su ὕβρις, y la crítica también hacia Atenas sobre el alto precio que puede resultarle su voluntad de poder y sus ansias imperialistas, en especial con el establecimiento de las κληρονομία, una predicción que el final de las Guerras del Peloponeso, en el 404 aC, confirmó fatalmente.

Tras el padre de la historia siguen unas páginas de Wolfgang Will dedicadas al otro gigante de la historiografía griega, a saber, el riguroso, analítico y preciso Tucídides, que, como Tácito después, convirtió el género historiográfico en una ciencia cuyo imperativo es narrar lo que sucedió realmente, *sine ira et studio*. Pero los prejuicios, los aprioris, las filias y las fobias actúan muy a menudo de una manera inconsciente, condicionando la labor del historiador y de su pretendida objetividad. El capítulo de Wolfgang Will está dedicado al Tucídides μισολάκων, en especial en una época que vio surgir con fuerza entre los intelectuales áticos el espejismo espartano, y para algunos la presencia de un enemigo real que presagiaba el final de la hegemonía ateniense. Nunca es fácil para un patriota como Tucídides mantener la objetividad, pero si hay algo que revela la grandeza del ateniense como historiador es que tampoco Atenas salió indemne en sus páginas, no eximió a su patria de la condena de lo fácilmente que precipita a la barbarie y a la injusticia la guerra y las ansias imperialistas, y ahí está la dura crítica y el magistral ejercicio de realismo político que subyace en las conmovedoras páginas sobre el diálogo entre los atenienses y los melios. Como señala Will, la obra de Tucídides simboliza también un grito de desesperación ante un mundo que se quiebra, una época de angustia en la que

también Tucídides, influenciado asimismo por la reflexión filosófica de la sofística sobre el relativismo, la polémica entre la φύσις y el νόμος, verá con cuánta facilidad se cambia a conveniencia, aprovechando el καιρός, la definición del bien y del mal, de lo justo o lo injusto, de la virtud y del vicio.

Un trabajo de Jan Timmer reflexiona alrededor de la idea de legitimación en las decisiones de la democracia ateniense en los siglos V y IV aC, desde el esplendor de la democracia ática hasta su ocaso con el dominio macedonio, sobre los usos y los abusos relativos a las apelaciones a las mayorías populares o a las minorías oligárquicas y la efervescente reflexión teórica y filosófica sobre la mejor de las formas políticas, como también las continuas apelaciones en la teoría y en la práctica al bien común.

La contribución de Winfried Schmitz no versa únicamente sobre la percepción de la guerra en Jenofonte y la historiografía griega, sino también sobre la representación y la valoración de la violencia bélica en la historiografía contemporánea. La percepción de los conflictos bélicos en la antigüedad no estuvo tan marcada por valoraciones morales como en la actualidad. La guerra formaba parte de la vida cotidiana de los griegos de la antigüedad, y como tal era aceptada, y los relatos de guerra de Jenofonte o la historiografía griega se preocuparon más por ofrecer lecciones de táctica militar, un *Handbuch der Feldherrnkunst*, que relatos moralizantes o de denuncia sobre las atrocidades inmanentes a todos los conflictos bélicos. Reveladoramente, los monumentos erigidos en honor de la paz, a la diosa Ειρήνη, fueron escasísimos, y en la cultura griega se activaron mecanismos culturales e institucionales, legales y políticos, para minimizar los estragos de la guerra.

Quizás sean los tres ensayos siguientes los que más relacionados están con la obra del homenajeado Gerhard Wirth, el maestro sobre Alejandro Magno y el final

de Persépolis. En primer lugar, Stefan Schrupf se enfrenta al problema de la historicidad de la correspondencia entre Alejandro y Darío III, desvelando la tendenciosidad del retrato de Darío III en las fuentes clásicas, en especial Arriano de Nicomedia, pero sin desatender tampoco a Pompeyo Trogo, Quinto Curcio, Diodoro de Sicilia o Plutarco. No deja de resultar sorprendente, sin embargo, que el autor alemán no haga referencia ni a un solo trabajo de Pierre Briant, y en especial a su *Darius dans l'ombre d'Alexandre* (París 2003), la obra que quizás ha revelado de una manera más nítida cómo el retrato de Darío III estuvo siempre ofuscado en las fuentes griegas y romanas por la gloria de Alejandro. Sobre las formas de representación de la alteridad persa también trata el trabajo de Moritz Böhme, que demuestra de manera concluyente cómo abundan también los clichés y el resentimiento en los fragmentos de los historiadores de Alejandro.

Konrad Vössing analiza uno de los momentos más críticos de las relaciones entre Alejandro y sus soldados, a saber, el de la postración o προσκύνησις y el significado religioso de ese acto o ritual. Es probable que los generales de Alejandro o los autores griegos entendieran la προσκύνησις o genuflexión como una muestra de sumisión, de servilismo, y considerando que un honor tal era una prerrogativa exclusiva de los dioses, por mucho que Alejandro se sintiera hijo de Amón. En el ensayo, se lleva a cabo un análisis riguroso del pasaje más completo conservado sobre la προσκύνησις, el pasaje de Arriano (Arr. An. IV, 11-12, 3; cf. Chares *FGrHist.* 125, F 14a-b) sobre los discursos pronunciados por Calistenes ante Alejandro contra la obligatoriedad para los macedonios de la humillante genuflexión y beso en la boca, un imperativo habitual para una natu-

raleza servil y bárbara como la persa, pero no para un macedonio o un griego.

Completan el volumen un conjunto de interesantes trabajos de decodificación historiográfica, que quizás rompen un poco la unidad del compendio, como el de Johannes Engels sobre Demetrio de Calatis y la tradición de la narración de la historia universal o la geografía cultural entre Éforo y Estrabón; o el análisis de Jörg-Dieter Gauger sobre el discurso de Agelao en Polibio (V, 103-104), que reclama infructuosamente la unión de todos los griegos frente a unos romanos que se muestran en el horizonte como una amenaza imperialista; el retrato de unos Gracos modernamente revolucionarios en Apiano, a cargo de Roman Lapyrionok; el intento de rehabilitación de Lucio Vero por Jörg Fündling, y, finalmente, el trabajo sobre el tardío *Carmen Paschale* de Sedulio a través de la temática militar, de la pluma de Silke Diederich.

En definitiva, un excelente análisis de deconstrucción historiográfica para recordarnos, una vez más y sin que sea superfluo repetir cíclicamente ese saludable ejercicio mnemotécnico, que no pocos historiadores de la antigüedad olvidaron el prudente consejo aristotélico de que el historiador no debe cometer el error del poeta y explicar las cosas no tal como sucedieron realmente sino como desearía que hubieran sucedido (Arist. *Poet.* 1451 b), un mal hábito hermenéutico, el de la ambigüedad, la contradicción o la manipulación, del que la historiografía contemporánea todavía no se ha repuesto totalmente.

Manel García Sánchez  
Universitat de Barcelona  
manelg@ceipac.ub.edu

